

Agradezco a la Academia de Mérida esta invitación para hacer memoria de quien fue uno de sus miembros, ese hombre de letras llamado Domingo Guillermo Miliani González. Gracias al maestro Amílcar Rivas por su esmerada presentación. Bella coincidencia en este fin de año de la Academia que, la próxima semana, se presente la excelente obra musical de Rubén Rivas a cargo de su hermano, el académico y gran maestro del piano Amílcar Rivas. Deber es recordar que otro Rivas, Rafael Ángel, también miembro de esta Academia, fue, y sigue siendo, el fiel compañero de investigación de Domingo Miliani. La obra que presentarán estos dos maestros, músicos merideños, tiene por título “Tríptico venezolano”. Tal vez asunto del destino, ese mismo título lleva una de las obras de Domingo Miliani; haré breve referencia a ella pues esta en el inicio de la breve reflexión que leeré.

- - -

Domingo Miliani despertó por última vez el 27 de octubre de 2002 en Caracas. Dijo con clara voz: “Me voy... a tomarme un café con los amigos”. Era nuestro Embajador plenipotenciario en Chile. Dos golpes marcaron su muerte, uno corporal otro moral. Un cáncer lo minaba desde inicio del año, el golpe moral fue en abril. Padeció más el segundo que el primero. En abril el odio tuvo su gloria efímera. Volvió contra él, en octubre. En su entierro se ensañaron contra sus virtudes literarias, académicas, diplomáticas y sobre todo contra las que él supo arrancar con amor a su suelo campesino: caceroleron sus restos. Veinte años después sigue despierto... y toma café con nosotros.

Miliani en las letras de Bolívar

Jorge Dávila

Más de cuatro décadas atrás, Domingo Miliani había construido un tríptico sobre nuestra cultura venezolana. Así lo creyó Nelson Osorio cuando, en 1984, se esmeró en editar la obra *Tríptico venezolano (Narrativa. Pensamiento. Crítica)*. Al presentar esa obra, dice Osorio: “El reunir en este volumen tres de los trabajos de Domingo Miliani que ofrecen visiones orgánicas, de conjunto, unitarias, sobre tres aspectos de la vida intelectual venezolana, tiene la intención de contribuir a un mayor y mejor conocimiento de la cultura nacional. Tiene esa intención este volumen, pero además quiere servir para mostrar la obra de un intelectual riguroso que puede hacer hablar la vida nacional en el lenguaje universal del conocimiento”. Se reunió allí tres largos ensayos que ya habían sido publicados; entre ellos, uno referido a la vida intelectual venezolana. En ese ensayo se revisa una historiografía del pensamiento en Venezuela desde la Colonia hasta los

años sesenta del siglo XX. Había sido publicado en conjunto con otro ensayo dedicado a la literatura venezolana. Ambos ensayos, que Miliani llamó “esquemas” (dice él: “no pretenden ser historias del pensamiento y la literatura nacional de Venezuela”), conformaron el libro titulado *Vida intelectual de Venezuela. Dos esquemas*. Se publicó en 1971. Ese año aprendí, ya de salida de mi Liceo, la palabra sesquicentenario (*sesqui* = uno y medio), se celebraba uno y medio siglo de la batalla de Carabobo. Ese mismo año se publicó la imponente obra de Miliani y Sambrano Urdaneta *Literatura Hispanoamericana, manual / antología*, obra que, por supuesto, no pude disfrutar en mis estudios de liceo.

Hace unos pocos años, ya Miliani no nos acompañaba, andaba yo en busca del pensamiento filosófico de Bolívar. Leí con atención aquél libro suyo sobre la vida intelectual de Venezuela. ¿Diría allí algo sobre el pensamiento del Libertador? Sí, poco pero sustancioso. Quedé prendado de esta afirmación:

Bolívar, discípulo de Rodríguez, hombre que hace escuela de combate, sobre la marcha siempre, en vértigo, con ritmo apresurado; y así tendrá que ser el pensamiento.

Cavilé sobre la posibilidad de que el pensamiento se haga en la marcha, con apresuramiento, como en un combate y en medio del vértigo. Pensé que lo común es que eso sea visto más bien como trabas para el pensamiento y para el ejercicio de la filosofía. Por ejemplo, los celebrados cuadros de Rembrandt o la figura del pensador de Rodin, al igual que una larga tradición del arte, sugieren que el pensamiento se da en un estado de calma, de lentitud en la pausada digestión después de una mesurada ingesta de ideas. Así que, siguiendo esa opinión común, el Bolívar pensador pintado en letras por Domingo Miliani se parecía a todo menos a un filósofo. Pero, como mi búsqueda del pensamiento filosófico del Libertador andaba de la mano de la sugerencia del General Daniel Florencio O'Leary, según la cual el pensamiento de Bolívar guarda afinidad con la doctrina de Baruch de Spinoza, la frase de Miliani me pareció que sí podía resumir una visión del Bolívar filósofo o pensador. Quisiera explicar por qué.

Es verdad que la construcción de los conceptos en la tarea filosófica exige de suyo calma, paciencia y cuantía de tiempo. Pero, ese desarrollo constructivo de conceptos tiene un punto de partida en lo que comúnmente, y por facilidad de esquivar el arduo esfuerzo de armar los conceptos, llamamos frutos de la intuición. Se suele creer, además, que hay un pensamiento que se limita a quedarse en esos frutos de la intuición. Ahora bien, decimos “fruto de la intuición” como manera de esquivar la explicación sobre cómo y por qué será que se forma ese fruto. O sea, esquivamos responder la pregunta sobre el ser, el sentido y el mecanismo operativo de la llamada intuición. En el caso de Bolívar, y siguiendo esa creencia y esa evasión de las preguntas, diríamos que su mente operaba esencialmente en el nivel de la intuición sin desarrollar conceptos. Y en consecuencia, que muy poco puede esperarse ver reflejado en el *corpus* de su escritura un pensamiento filosófico más allá de los ingeniosos “chispazos de la intuición”. Quien conozca un poco de la doctrina filosófica de Spinoza no se sentirá conforme con ese juicio según el cual al pensamiento que se sostiene en la intuición le falta aún desarrollo. En efecto, en esa doctrina la intuición, o mejor dicho, la *ciencia intuitiva*, no se entiende de ese modo. Pero, por supuesto, a esa ciencia no llega cualquiera sin ejercitar profusamente el uso de la Razón. Así que, siguiendo esa doctrina todavía queda cabida para preguntarse por un pensamiento filosófico en Bolívar que la refleje.

Cuando leía el citado libro de Miliani, me preguntaba si él no habría pensado más a fondo el asunto que afirma en esa bella frase: “Bolívar, ... , sobre la marcha siempre, en vértigo, con ritmo apresurado; y así tendrá que ser el pensamiento”. Pues bien, en ese libro no desarrolló Miliani su afirmación. Así que quise revisar más textos de él para ver qué conseguía. En la obra a dos manos con Sambrano Urdaneta sobre literatura hispanoamericana, también publicada en 1971, se reitera la afirmación en términos menos poéticos: Bolívar es, dicen los autores, “un pensador excepcional, un prosista intuitivo, vigoroso, cuyas letras responden a la medida de sus necesidades expresivas”.

En 1971 ubicó Miliani el pensamiento bolivariano en el marco de la corriente

intelectual de la emancipación liberadora independentista. En 1983, año del bicentenario del natalicio del Libertador, Domingo Miliani se sumerge de nuevo en el pensamiento de Bolívar. Pero ya no solamente para ubicarlo en el marco del curso cronológico de las distintas expresiones de la vida intelectual de Venezuela como pensador de la época emancipadora. Esta vez lo hace hurgando cautelosamente en las letras de Bolívar: en su escritura, en su literatura o, mejor aún, dice él, en su *literariedad*; vale decir, en el carácter, valor y significado literario de la escritura del Libertador. Se trata del texto titulado: “Literatura y literariedad en la época emancipadora, *Bolívar*” que apareció publicado en un número extraordinario, homenaje al bicentenario del Libertador, de la Revista del Instituto Universitario Pedagógico de Caracas en 1983. Posteriormente, ese ensayo fue reeditado en la recopilación titulada: “País de lotófagos” (Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 148, 1992). No es difícil darse cuenta de que en este texto de 1983 se rememora la frase del libro de 1971. En efecto, siguiendo la interpretación de Augusto Mijares sobre la caracterización de la literatura emancipadora en Venezuela como expresión de la “vida romántica”, Miliani afirma:

Esta literatura donde predominó el discurso expositivo se teñía de vehemencia por la emoción romántica, sin perder el racionalismo apasionado, como lo caracteriza Mijares. Fue literatura ancilar, según Pedro Henríquez Ureña, escrita sobre la marcha de la vida, sobre la vida en el combate, dictada más que pulida, cual ocurre en Bolívar.

Literatura ancilar significa que las letras, la escritura, son serviciales o esclavas; en el sentido de que se ponen al servicio de algo. Es decir, que la literatura es instrumento para un objetivo, para un propósito, para una meta. En acuerdo con Henríquez Ureña y Mijares, Miliani dirá que la literariedad en la época emancipadora guarda un “carácter político” desde el momento en que ella es “entendida como vehículo de reflexión ideológica, necesidad histórica que el propio romanticismo reclamaba”. De manera que, continúa Miliani, “los hombres de la independencia escriben para difundir un ideario, por contrarrestar una prédica destinada a la sumisión más que por afán de hacer arte con palabras”. Esa literatura entonces, amén de fustigar la defensa de la

obediencia al centro de un poder monárquico de otras tierras, es un discurso difusor de ideas políticas revolucionarias. Y esas ideas políticas, que tienen su centro en el deseo de transformar radicalmente el sentido la vida humana liberando las fuerzas de la razón, adquieren en el caso de Bolívar unos rasgos únicos y determinantes de su ejercicio de escritura. Miliani lo expresa, con visos semejantes a los de su obra de 1971, “Vida intelectual de Venezuela”, de la siguiente manera:

Bolívar dicta, más que escribe, sobre el lomo de un caballo, en plena campaña, sobre la hamaca del sosiego efímero, caminando mientras lee y reflexiona a un tiempo, respecto de tres o cuatro temas que llaman a respuesta, pero siempre con un objetivo: la afirmación enfática de un Yo romántico que no se inhibe ni en los documentos oficiales para defender la gloria que le da el combate, para defender la causa que lo lleva a combatir, para acrecentar la honra y fama, como en la vieja escritura caballesc.

El objetivo de la letra bolivariana conforma entonces un tríptico: 1) afirmación del Yo, 2) defensa de la causa de la lucha y 3) alimento de la fama y el honor. Ese triple objetivo indica, sólo en apariencia, una escritura defensiva de la acción liberadora acompañada de la defensa de la persona que lidera la liberación. En apariencia, digo, porque ese triple objetivo no hace explícito aún sí el carácter político de la escritura consiste en la simple difusión de un ideario ya elaborado o sí, además o por el contrario, es un ideario forjado en la producción del mismo pensamiento del Libertador. Y Miliani nos da la indicación de lo que de fondo hay en el triple objetivo al resumirlo afirmando que Bolívar “escribe, en fin, para dejar testimonio directo de cuanto él mismo protagoniza y *conceptúa*”. Según esta afirmación hay en el discurso bolivariano, y como elemento constitutivo de su literariedad, una escritura testimonial, claro está, y confundido en ella, o junto a ella, un ejercicio constructor de conceptos, es decir un ejercicio de pensamiento filosófico. La escritura testimonial tendría un sentido romántico que se revela, según entiende Miliani, en el carácter palimsésico de la escritura caballesc. Pero en mi parecer, ese sentido romántico, al estar emparentado con el ejercicio racional, con el ejercicio constructor de conceptos, no puede

corresponder a la simple pretensión de una racionalización de los sentimientos. Sin embargo, en esto Miliani, fiel a la expresión al respecto de Augusto Mijares, considera como él que lo propio del pensamiento del “heroísmo romántico” de los ilustrados libertadores consiste en que en ellos, como en lo esencial del pensamiento ilustrado del siglo XVIII, “la propia razón se hace generosamente romántica, que ella también se apasiona, en el sentido literal de la palabra”. ¿Se apasiona la razón? ¿Hay una razón apasionada? Me parece que Miliani no continuó la problemática que esta afirmación plantea. Más adelante diré en qué consiste tal problemática. Yo entiendo que Miliani estaba más interesado en hacer un gran y bello esfuerzo por corroborar que en la escritura bolivariana, como él dice, “existe una artisticidad romántica implícita”. Pero, no por ello entiende que la figura artística sea una nota dominante de la literatura o de la literariedad de Bolívar pues su tesis es la siguiente:

La intención dominante de su escritura es política. Luego puede ser aceptada como artística. La literariedad habría que entenderla entonces, dentro del código romántico, como el residuo que trasciende la circunstancialidad histórica del mensaje para proyectarse a lectores que, con posterioridad, sienten aún el estremecimiento emotivo implícito en el texto y que los románticos proponían como una literatura escrita sobre lo interesante, hecha para conmover. A partir de ella se puede entonces construir el objeto estético.

Miliani se esfuerza entonces, en este texto de 1983, en mostrar cómo en la literariedad del Libertador opera la construcción del discurso conmovedor sobre algo que está más allá de la “circunstancialidad histórica” del momento de producción del mensaje en él contenido o expresado aún sugestivamente. Como si la escritura de Bolívar apuntara a ser el medio de una difusión que buscaba conmover el lector del futuro, dejando para el de su propio presente la fuerza emotiva de la gesta narrada testimonialmente y la reafirmación del ideario en el que ese lector está embarcado, o contra el cual se bate, en su existencia. Quizás por eso Miliani concluye su texto diciendo que: “las resonancias que dejan los textos de Bolívar en un lector de hoy son, pues, emocionales. Conmueven y contagian. Apresan al lector –como quería Ortega y

Gasset– en un juego de melancolía y amplificación de sentimiento, hasta el final doliente”. Pero escapó a la sagacidad de Miliani evaluar en cuánto la fuerza discursiva que lleva a semejante contagio y a conmover es dependiente no sólo del carácter estético de literatura “con artisticidad romántica implícita” sino, más profundamente, de la propia conformación de los conceptos que se construyen en el discurso bolivariano. Recordemos la afirmación de Miliani según la cual Bolívar “escribe, en fin, para dejar testimonio directo de cuanto él mismo protagoniza y *conceptúa*”. Al escribir, Bolívar nos ha dejado testimonio de *lo que conceptúa*, nos ha dejado testimonio de su creación de conceptos. Cómo no decirlo, una profunda enseñanza que debo a Miliani. Pero la pregunta no respondida es: ¿Cómo se crean los conceptos en el pensamiento de Bolívar? Intentaré responder con unos ejemplos que permiten responder también las preguntas que dejé anunciadas: ¿Se apasiona la razón? ¿Hay una razón apasionada?

Un ejemplo está en la conocida carta de Bolívar a Santander del 20 de mayo de 1825. Hay allí una afirmación que tal vez escapó a la investigación de Miliani. Es una afirmación que está muy cerca del pasaje de esa misma carta que Miliani y Sambrano seleccionaron para citar en la obra de 1971 “Literatura hispanoamericana”. En esa afirmación el Libertador se refiere a la valoración de su propio estilo para la expresión de sus ideas, y hasta podríamos decir de su propia literariedad. El Libertador afirma lo siguiente: “Dicen que soy difuso; mejor diría que no era correcto, pues realmente no lo soy por precipitado, descuidado e impaciente: no sé cómo puede ser difuso un hombre impaciente y precipitado. *Yo multiplico las ideas en muy pocas palabras, aunque sin orden ni concierto*”. En su texto de 1983, Miliani optó por explicarnos que la construcción literaria de Bolívar acude a la “exageración o «mentira romántica» inducida a amplificar los sentimientos con el propósito de admirar o conmover”. Por ello, Miliani se extenderá en mostrarnos que hay en los textos bolivarianos “una modalidad recurrente en su escritura: *la hipérbole*”. Y eso es cierto. Precisamente la frase que he citado (*Yo multiplico las ideas en muy pocas palabras, aunque sin orden ni*

concierto) puede considerarse hiperbólica. Pero también es una frase afirmativa sobre la producción de conceptos en Bolívar: cuando él dice multiplicar las ideas en pocas palabras está diciendo, también con muy pocas palabras, cómo construye sus conceptos, cómo conceptúa. Intento explicarme. Si hay muchas ideas en pocas palabras, comúnmente entendemos que tales ideas son tan solo fruto de la intuición, en el sentido más lato de intuir: comprender de modo inmediato, sin necesidad de razonar, sin explicación. Pero a mí me ha parecido más bien que en el pensamiento del Libertador hay un gran esfuerzo racional que en su literatura, o en su literariedad, se expresa sólo en frases breves o, como él lo dice, en muy pocas palabras; pero, en esas mismas palabras, detrás de la hipérbole, se lee ese gran esfuerzo racional.

Hay otro ejemplo al respecto que me gusta repetir y al que yo dediqué mucha atención gracias al texto de Miliani de 1983. Miliani distingue tres vertientes en Bolívar como “productor de signos”: una, “la escritura para ser leída (proclamas y alocuciones); dos, la escritura para ser oída (oratoria); y tres, la escritura para ser guardada en confidencia (epistolario) o transmitida a título público”. Y dice que la *Carta de Jamaica* es *modelo* de la última vertiente, por lo tanto entendí que esa “Carta” es para Miliani el ejemplo por excelencia. Ciertamente, pues esa “Carta” fue menos epístola que texto para la divulgación del ideario y programa político. Su forma epistolar fue más bien una excusa; el destinatario de ella no puede limitarse al Sr. Cullen. Por eso pensé que en la *Carta de Jamaica*, en cuanto ideario, tiene que verse expresado, detrás de lo hiperbólico, el mecanismo operativo de la producción de ideas.

Y en efecto, con esa Carta se puede afirmar algo que ya sugirió Blanco Fombona, a saber, que Bolívar conceptuó la idea de elevar moralmente la condición humana natural. Pero esa condición humana natural entendida no como la de una maldad intrínseca, ni tampoco la de un buen salvaje puro, sino la de una mecánica de los afectos; y la “elevación moral” no es más que el entendimiento de esos afectos de manera que puedan ser conducidos con apoyo en la razón. Eso quiere decir que a la condición

humana se le puede hacer obedecer a lo que Bolívar denomina, conceptúa, precisamente en la *Carta de Jamaica*, “un deseo racional”, que él contrapone allí a “un raciocinio probable”. Esto dice Bolívar en torno al porvenir de lo que acontece en la América meridional: “me atrevo a aventurar algunas conjeturas, que, desde luego, caracterizo de arbitrarias, dictadas por *un deseo racional* y no por *un raciocinio probable*”. Así el Libertador sintetiza, comprime las ideas, multiplicadas en pocas palabras, sobre su manera de responder por los eventos futuros. ¿Qué puede ser eso que Bolívar llama “deseo racional”? Veamos.

Él no lo hace explícito. Como ordinariamente asociamos deseo con pasión, algo muy diferente de la razón, la expresión de Bolívar suena a “razón apasionada” y eso no suena bien al oído común. Hasta se sugirió alguna vez que la expresión “deseo racional” era un error de transcripción y que en su lugar se leyera “deseo irracional”. La sugerencia fue de Francisco Cuevas Cancino, en 1973, en su “Una nueva versión española de la Carta de Jamaica” (*Historia Mexicana*, 23, 1). La nueva versión fue una traducción al español de la versión en inglés, en borrador, que se creía auténtica; importante borrador, sin duda, pues nunca se había conocido el texto original. Es sólo una sugerencia de lectura que Cuevas Cancino anota al pie, pues la expresión en inglés es la misma. Como todos sabemos, en 2014 surgió a la luz pública el hallazgo de Amílcar Varela Jara del manuscrito original, tomado de viva voz de Bolívar, por su secretario de entonces, Pedro Briceño Méndez. El manuscrito original confirma la expresión *deseo racional*. ¿Qué quiere decir entonces “un deseo racional” contrapuesto, como dice Bolívar, a “un raciocinio probable”? ¿Cómo elaborar conjeturas que no sean mera especulación o frutos del deseo incontrolado? Esta es la postura del ejercicio intelectual del Libertador al respecto: se propone construir conjeturas que llama arbitrarias, pero no arbitrarias porque sean jugarretas de las ideas confusas y de las opiniones sin fundamento. No. Son conjeturas, añade, dictadas por un deseo racional. ¿Qué es pues un deseo racional? En la *Ética* de Spinoza se encuentra la oposición entre

el deseo que surge de los afectos que son pasiones (siempre ligados a la operación del conocimiento dado por la imaginación) y el deseo que surge de la razón (ligado a afectos que se refieren a la mente en tanto son acción y no pasión). El buen uso de la razón conlleva un deseo, el deseo de lo que la razón indica –por el conocimiento, por el sano ejercicio del intelecto– sobre lo que en el futuro, por ejemplo, puede ser bueno o malo. Pero ocurre que siempre estamos sometidos por el deseo de las cosas que, en el presente, nos resultan agradables, nos apetecen, nos gustan, las queremos. Y este deseo por lo agradable del presente alcanza tanta fuerza que con mucha facilidad puede reprimir el deseo de lo que la razón nos indica. Así un deseo racional es el deseo que resulta del ejercicio de la razón en combate con los deseos que nos acechan sólo por lo agradable, por el gusto, por el apetito libre de control y, en el fondo, porque somos creyentes del libre albedrío. Parece pues clara la conformidad del intelecto del Libertador en este asunto con lo demostrado por Spinoza en la parte 4 de la *Ética*: “no es de extrañar que el deseo que brota del conocimiento del bien y el mal [*o sea, bajo la guía de la razón*], en lo que respecta al futuro, pueda ser reprimido muy fácilmente por el deseo de cosas que son actualmente agradables” (prop. 62, escolio).

En resumen, sabe Bolívar que sólo puede “aventurar algunas conjeturas” que no vacila en caracterizar como “arbitrarias”, pero a las que sin embargo se esfuerza en que sean el resultado del buen uso de la razón. ¿Cuál? El que somete a control el deseo de cuanto resulta agradable en el presente cuando no tenemos la guía de la razón. Me pareció que en este ejemplo, donde estilísticamente se puede percibir el juego hiperbólico que tan profusamente describe Miliani, también se encuentra un buen indicio de la densidad de raciocinio del Libertador que queda cubierto por el efecto retórico de la frase breve que se muestra como ideas múltiples que sólo daría la intuición. Pero ocurre que en la *Carta de Jamaica*, desde que Bolívar ofrece el concepto de “deseo racional”, todo su análisis político, el de su presente y el del futuro americano, obedece a colocar bajo el estricto control de la razón todo cuanto el deseo liberado a sí mismo

aportaría como conjeturas verdaderamente arbitrarias. Me pareció que al seguir una lectura atenta de las conjeturas desarrolladas en la *Carta de Jamaica* –conjeturas en nada arbitrarias, ni tampoco adivinaciones proféticas– se ve el pensamiento del Libertador operando según lo que, en términos de Spinoza, está demostrado. Y eso no niega para nada que el gesto retórico de la hipérbole, como quería Miliani, sí está presente en la expresión del pensamiento de Bolívar.

Y así fue como un día me dije, acicateado por el texto de Domingo Miliani, que quizás el pensamiento de Bolívar, tomado en su conjunto, operaba firmemente de acuerdo con la doctrina spinozista. Ese día quedó en mi mente la certeza de que tenía el epígrafe para un opúsculo sobre Bolívar y Spinoza... y así fue: *Bolívar... sobre la marcha siempre, en vértigo, con ritmo apresurado; y así tendrá que ser el pensamiento.* Mi deber mínimo es pues expresar mi gratitud a Domingo Miliani por las buenas conversaciones que después de su muerte en octubre de 2002, hace veinte años, hemos tenido a través de estos textos de los que hoy hago memoria con el mayor respeto y mi amistad. Veinte años después, Miliani sigue despierto... y toma café con nosotros.